

arrasado Timur, y expuesto al sultan que su reconstruccion interesaba al papa, protector de su órden y de todos los cristianos :

« Yo quisiera, le respondió con tanta bondad como  
 « prevision, yo quisiera, señor maestre, ser el padre  
 « de todos los cristianos de la tierra y poder distri-  
 « buirles presentes y honores, porque es necesario  
 « que los príncipes recompensen á los buenos y cas-  
 « tigen á los malos; pero conviene tambien tomar  
 « en consideracion el bienestar de sus propios súb-  
 « ditos, y atender á lo que me han pedido muchos  
 « musulmanes. Aunque Timur haya devastado toda  
 « el Asia, ha adquirido, segun me dicen, un título á  
 « nuestra gratitud demoliendo el castillo de Esmirna,  
 « porque en él encontraban seguro asilo todos nues-  
 « tros esclavos fugitivos; además, los hombres libres,  
 « que viajaban por mar y tierra, eran conducidos  
 « allí para condenarlos á la esclavitud, lo cual daba  
 « lugar á guerras perpetuas entre los caballeros de  
 « la órden y los turcos. Timur, el impío guerrero  
 « tártaro, fué generalmente alabado por esta medida.  
 « ¿Quieres tú que sea yo mas impío que este tirano?  
 « Pero para satisfacerte, al paso que cumplo los vo-  
 « tos de los musulmanes, te señalaré en el territorio  
 « de Mentesché otro punto en donde puedas levantar  
 « un palacio-fuerte, »

El gran maestre solicitó que se le concediera el terreno para él en los dominios otomanos, y no en las tierras que poseian en aquellas playas los cristianos.

« Mio es lo que te doy, respondió Mahomet, porque  
 « el príncipe de Mentesché es mi vasallo. »

La madre, las mujeres, los hijos de Djuneyd lograron fácilmente con sus lágrimas que el sultan perdonara al rebelde. Mahomet lo recibió, le restituyó su familia y sus bienes y se conformó con alejarlo del teatro de sus intrigas, relegándolo á Servia, á la corte de su aliado el rey Sisman, hijo de Lázaro, que habia abrazado la religion del profeta.

#### XIV

La toma de Esmirna y la rendicion de Djuneyd acarreó la sumision de todos los principados y de todas las ciudades que separan la Jonia de la Carmania. Koniah, reconquistada por él, vió firmar la paz general del Asia Menor. La infidelidad de los Caramanios turbó de nuevo esta paz apenas concluida. Mahomet, que volvía á Brusa, cayó enfermo de im-

paciencia en Angora. Su vida inspiró serios temores. El príncipe, vecino de Kermian, le envió al mas acreditado de los médicos y de los poetas turcos, al célebre Sinan. Curaba á la vez el alma con sus versos y el cuerpo con sus prescripciones. Él fué quien cantó bajo el nombre de Scheiki ese mismo poema de los amores de Schirin y de Ferhad, cuyas aventuras encantan muchos siglos hace á los persas.

« Lo que necesita el héroe Mahomet, dijo Sinan « despues de haber tomado el pulso al enfermo, no « son medicamentos sino una victoria. Su mal es « una melancolía, padecimiento de los corazones que « se devoran ellos mismos. » Enfermedad frecuente en efecto en la raza meditativa de los otomanos.

El bajá y visir Bayezid juró que curaria á aquel precio á su señor; atrajo á una emboscada á Caraman, envolvió á su ejército, y cogió prisionero á su hijo primogénito Mustafá Beg.

El correo que trajo la noticia de esta victoria de su visir curó con efecto á Mahomet. Trató al hijo prisionero de su enemigo como hermano compasivo mas bien que como vencedor irritado. Este príncipe, jóven conmovido con la generosidad del sultan, puso la mano sobre el corazon por encima de su castan :

« Juro en nombre de mi padre, dijo con un acento

« sincero, que mientras el alma que tengo bajo mi « mano habite este cuerpo, ni mi padre, ni yo, « mirarémos siquiera con envidia una de las posesiones del sultan. »

Este juramento era un perjurio. Apénas habia Mahomet colmado á Mustafá Beg de los presentes, que se acostumbraba dar entre los tártaros al ratificar los tratados, tambores, banderas, caballos de raza, animales raros, y habia mandado á sus tropas que evacuaran las ciudades de Caramania, se despidió el príncipe de Mahomet para volver al lado de su padre. Pero al primer alto mas allá de Angora, Mustafá Beg que habia adquirido las costumbres de los griegos con sus provincias, habiendo hallado los caballos y los esclavos del sultan que pacian sin ser guardados, se apoderó de ellos y se los llevó á su padre.

« La guerra siempre y en todas partes, exclamó, « es el único tratado que pueda subsistir hasta la « tumba entre los caramanios y los otomanos. »

Y como algunos de sus guerreros le recordaran el juramento que habia hecho en Angora, y le echasen en cara el haber profanado así la palabra humana que atestigua en pro ó en contra de nosotros :

« No he mentado, » respondió con astuta irrisión

de la mentira del espíritu con la verdad de la letra.  
« Yo habia ocultado bajo mi castan un pichon muerto, y habia puesto la mano sobre él, por lo que he podido decir con verdad : *Mientras esta alma anime este cuerpo, los caramanios no violarán las posesiones de los turcos.* »

Para vengar tantos ultrajes, Mahomet metió su ejército en los valles de la Caramania hasta el golfo de Macri, en frente de Rodas, y hasta Tarsus, en frente de Chipre. Los pérfidos príncipes se refugiaron en las rocas escarpadas de la Cilicia con sus rebaños; luego, aprovechándose de la ausencia del sultan que habia regresado á Brusa, volvieron á bajar á Koniah, se apoderaron de la ciudad y allí fueron atacados la tercera vez por las tropas de Mahomet, y obtuvieron otra tercera paz tan generosa como las precedentes y tan infielmente guardada como las demás.

## XV

Mahomet I se ocupó en Brusa de crear una marina para unir la Europa con el Asia por medio de

una travesía fácil de la Propóntide, y para defender sus costas contra las piraterías incesantes de los pequeños príncipes cristianos del Archipiélago, que eran el azote del Levante. Cuarenta y dos buques, contruidos con los robles del Hemus y del Olimpo, bogaron, mandados por Tschali Beg, almirante de Mahomet, desde la desembocadura de los Dardanelos hácia la isla Veneciana, entónces de Negroponto, para perseguir á los piratas de la isla de Andros, cuyo duque insultaba en todas partes las costas otomanas y se llevaba las mujeres y los niños para esclavizarlos.

En el momento en que la flota turca iba á dar caza á aquellos piratas, una escuadra veneciana, mandada por Loredano, generalísimo de las flotas de la república, apareció en el horizonte de Lesbos. Los turcos, dudando si aquella escuadra era de paz ó de guerra, entraron á toda vela en los Dardanelos, y anclaron en su puerto de Galípolis para aguardar la explicacion de aquella nube de buques. Sabian que los venecianos, aliados de los duques de Andros, protegian las embarcaciones de este vasallo y podian considerar como un insulto hecho á ellos mismos la repression de las piraterías de su aliado. Sabian además que Venecia y Génova se hacian á la sazón la guerra en aquellos mares, y que sus buenas relaciones con

los bajeles genoveses podian ser calificadas de criminales por los almirantes de Venecia.

## XVI

La escuadra de Loredano, á cuyo bordo iban dos proveedores de Venecia, acudia en efecto al saber el armamento de los turcos, ó bien para tratar con ellos como señores del mar, ó para incendiar su primera flota ántes que pudiera disputarles las aguas de Levante.

Loredano ancló en frente de Galípoli, en la Propóntide. Abriéronse negociaciones entre los dos almirantes. Durante estas explicaciones, hasta entónces amistosas, un buque genovés salió con velas desplegadas de la rada de Galípoli, intentando ganar el alta mar para reunirse á la flota genovesa en Constantinopla. Los venecianos dispararon contra el buque genovés; los turcos, creyendo que el cañonazo iba dirigido contra su escuadra, respondieron inmediatamente al fuego. Empeñóse un combate sangriento, como el de Navarino en nuestros días, por una equivocacion recíproca que acaso no era

mas que un exterminio premeditado, oculto bajo un error aparente. Los turcos pelearon como héroes, pero fueron víctimas inexpertas del elemento que se los tragó.

Acribillado de flechas en la popa de su buque almirante, Loredano arrancó una á una de sus brazos y sus mejillas, sin dejar de mandar la maniobra. El navío almirante de los turcos, abordado por él, nueve galeras, ocho buques apresados por los venecianos despues de asaltarlos, fueron teatro de una reducida pero horrorosa carnicería, en el que las madres, las mujeres, los hijos de los turcos contemplaban el desastre y la muerte de sus padres, de sus maridos y de sus hijos desde la vecina costa. Un grito horrible resonó en toda la playa de Galípoli adonde las olas arrojaban los cadáveres. Diez mil soldados otomanos, formados en batalla en las alturas de la ciudad oscurecian en vano la atmósfera con una nube de flechas. Treinta buques turcos fueron cogidos, echados á pique ó incendiados, á la vista del puerto de donde acababan de salir. El fuego de aquel incendio iluminó toda la noche las costas de la Propóntide hasta Brusa.

Al dia siguiente los venecianos, implacables despues de la victoria, hicieron un escrutinio de los prisioneros que no habian perecido en el combate.

Colgaron de las vergas de sus buques á todos los genoveses, catalanes, sicilianos y franceses que hallaron entre los turcos. Descuartizaron sobre el puente del almirante á uno de sus compañeros por sospechas de connivencia con el almirante otomano. Los marineros y los soldados mahometanos fueron enviados como esclavos á las islas y posesiones venecianas del Levante. No quedó una galera de Mahomet en sus mares. Loredano, paseando impunemente su pabellon de Tenedos á Negroponto, de Negroponto á Constantinopla, impuso en todas partes respeto á esta república que habia sido la primera aliada de los otomanos en tierra, pero que no sufría rivalidad en el mar.

Humillado Mahomet, por el cañon de Loredano, tuvo que celebrar un tratado con Venecia, por el cual reconocia la supremacia en el Mediterráneo de aquellos intrépidos navegantes. Sus embajadores, recibidos con pompa por la república, encubrieron mal bajo el esplendor de su recepcion, las concesiones navales que acababan de hacer al dux en nombre del sultan.

## XVII

Mahomet I empleó el año de 1416 en intervenciones armadas en el Norte de la Turquía por las querellas de los húngaros, servios, polacos, croatas, y en levantar fortificaciones en la orilla derecha del Danubio, baluarte contra la Alemania. Sacó por la cuarta vez á Djuneyd de su destierro en Servia para confiarle el gobierno de Nicópolis, olvidando las numerosas traiciones que habia cometido este general contra el imperio. La pericia de Djuneyd era tan famosa y estimada, que triunfaba al cabo de los vicios de su carácter. Djuneyd recordaba en Oriente á los *condottieri* italianos de la misma época cuyo auxilio se pagaba al paso que se despreciaba su mercenario oficio.

En aquel mismo tiempo edificó Mahomet I en frente del Danubio la ciudad y la fortaleza de Giurgewo, que flanqueaba poco hace las posiciones otomanas en sus maniobras defensivas contra los rusos, dándole el nombre significativo de *Raiz de la tierra*, como si la seguridad del imperio se hubiese arraigado

bajo aquellos bastiones. Reconstruyó tambien las antiguas fortificaciones romanas de Trajano, vencedor de los dacios, y el puente que este emperador habia echado sobre el rio. Sus generales, tan pronto vencedores como vencidos, sostenian durante aquellos trabajos combates parciales, precursores de luchas mayores en Bosnia, contra los estirios y los caballeros del duque de Austria. Los húngaros, aprovechándose de aquella diversion, libraban al mando de su palatino Peterfy heróicos combates á los generales de Mahomet en sus fronteras. En uno de aquellos combates caballerescos en los que los generales peleaban con frecuencia cuerpo á cuerpo entre los dos ejércitos, Peterfy derribó de su caballo al bajá Ikak, que mandaba á los otomanos, y poniéndole el pié en la garganta, lo atravesó con la espada. El rey de los húngaros Sigismundo, estimulado por las proezas de Peterfy, á quien los caballeros y los plebeyos seguian como á un vengador suscitado por Dios para realzar la gloria de los eslavos, levantó un ejército de veinte mil combatientes, pasó el Danubio por debajo de Belgrado, rechazó á los turcos hasta Servia, y reconquistó la llanura y la ciudad de Sofia en una batalla que estremeció al imperio hasta Andrinópolis.

## XVIII

Mahomet I, retenido durante estos desastres en Asia por las sublevaciones parciales de largas guerras civiles mal apagadas, desplegabá alternativa-mente la fuerza, la política y la generosidad que esta le inspiraba. Una insurreccion mas seria de sus imanes y de sus ejércitos en el seno de su capital, le hizo olvidar por un momento los peligros de la Europa y las agitaciones de la Anatolia.

Despues de la muerte de Muza, el juez mayor del ejército, magistratura que participaba de la religion, de la jurisprudencia y de la guerra, llamado Bedreddin, hombre que gozaba de la reputacion de sabio y bueno entre los turcos, habia sido relegado á Nicea por Mahomet. Bedreddin meditaba en su destierro la venganza del olvido á que se hallaba condenada su capacidad. Era uno de esos hombres que perturban todo lo que no pueden dominar. La intriga, vicio bastante raro entre los otomanos, que tienen una ambicion tan franca como su carácter, era tanto mas temible cuanto mas disimuladamente anidaba en el

corazon astuto del juez mayor. Buscó una tea que pudiera encender invisiblemente el fuego de la discordia. El acaso se la ofreció.

Habia entónces á la extremidad del cabo Negro, que forma uno de los costados del golfo de Esmirna en frente de Chio, al pié del monte Stylarios, un inspirado que llevaba de ciudad en ciudad sus supuestas revelaciones religiosas, mezcladas con teorías sociales, de las que existen en todos los pueblos y en todos los tiempos para fascinar la ignorancia y dar vértigos de esperanza á los pueblos. Este visionario se llamaba Mustafá. Era hijo de un turco indigente que apacentabá algunos rebaños de cabras en las lomas escarpadas del cabo Negro. La imaginacion exaltada de los turcos, su religion casi individual que deja gran libertad á las interpretaciones verdaderas ó quiméricas del Coran, las largas guerras civiles que habian dado á todo el mundo el derecho y aun el hábito de elegir su partido, las desgracias de la época apénas reparadas por la mano suave de Mahomet I, todo predisponia en aquel momento á los turcos á las agitaciones y á la propagacion de nuevas sectas. La de Mustafá era popular como toda doctrina nacida entre la indigencia y que promete á los pobres el venderlos por la mano de Dios, de la inicua superioridad de los dichosos del mundo y de la inevitable desi-

gualdad de condiciones en la tierra. Esa utopia podia ser una queja justa, pero no era una doctrina practicable. Sin embargo tenia mucho imperio en las imaginaciones: las doctrinas aplicables tienen límites, las doctrinas quiméricas no los tienen. Todo gemido, todo agravio, toda miseria, todo sueño encuentra su puesto y su satisfaccion. Este es el poder de las utopias.

La de Mustafá corrió como una llama por las tiendas alzadas en los prados de Jonia, y llegó y circuló pronto por villas y ciudades. Los partidarios del nuevo profeta le dieron el nombre de padre y señor de la verdad, *dedé sultan*. Los dervises abrazaron su causa, que era la de su propia secta: una abnegacion general de toda propiedad; una comunión absoluta de todos los productos de la naturaleza ó del trabajo, una expropiacion de todos los que poseian en provecho de los que no tenían nada; solo las mujeres, por una excepcion conforme con las costumbres celosas de Oriente, no eran comprendidas nominalmente en la promiscuidad universal, pero lo eran de hecho, porque una vez abolida la propiedad que sirve para el sustento de la mujer y de la familia, la familia y la mujer caian necesariamente en el dominio banal de este comunismo oriental. Los judíos y los cristianos, halagados con hábil artificio por los comunistas

del sultan Dedé, vinieron á engruesar el número de sus entusiastas. Proclamóse en favor suyo la igualdad y la fraternidad de los tres cultos. Algunos anacoretas cristianos de la isla de Chio, visitados durante la noche por el profeta turco, que les aseguraba que había atravesado el estrecho andando sobre el mar, creyeron ó fingieron creer en el milagro, lo atestiguaron en las islas, y confundieron el comunismo monacal de los dervises de la Grecia con el comunismo social de los dervises turcos. Sultan Dedé afectó altamente el imperio en nombre de su mision divina, propagó su fanatismo por todas las montañas que se extienden desde el golfo de Esmirna hasta los valles de Magnesia y la llanura de Nicea, y reunió al rededor de su estandarte un ejército de diez mil combatientes, y un sin número de fanáticos.

### XIX

Mahomet I<sup>o</sup>, rechazado como sultan en nombre de Dios por estos insurgentes, que queriendo reconstituir el mundo, no vacilaban en comenzar destruyendo.

un imperio, conoció que era menester atacar con fuerza armada una secta que no cedia á la razon. Hizo salir de Brusa un destacamento de seis mil genizaros, mandados por el hijo del rey de los servios, Sisman, convertido al mahometismo, y uno de los mas firmes sostenedores del imperio. Sisman, estrechado y vencido por los comunistas armados de Dedé Sultan en las gargantas del monte Stylarios, pereció en el campo de batalla con todos los suyos. Esta victoria de los sectarios contra los primeros soldados que los atacaron pareció un decreto celestial en favor de su causa, y contribuyó á que se doblara su número y su osadía.

Alibeg, bajá de Aidin, enviado por Mahomet I<sup>o</sup> para atacarlos en los valles de Tyra y las orillas del golfo de Esmirna, fué vencido como Sisman por la creciente insurreccion de aquellas montañas. Despues de haber perdido la mayor parte de sus soldados en el asalto del monte Stylarios, se libró con trabajo de la persecucion de Dedé Sultan, y se refugió con los restos de su ejército en el valle de Magnesia, entre Brusa y Esmirna.

El imperio amenazaba arruinarse bajo el peso de una secta. Mahomet, que no podia dejar descubierta á Brusa, mandó á su hijo Murad, muchacho de doce años, gobernador de Amasia, bajo la tutela militar



de Bayezid-Bajá, que reuniera en un solo ejército á todas las tropas y á todas las guarniciones del Asia otomana, y que se dirigiera al núcleo de las montañas de Esmirna por la costa, mientras que él rodeaba la base de estas montañas por los valles del Olimpo. Murad y Bayezid, llevándose consigo á todos los otomanos de las provincias, que comenzaban á temblar por los bienes mas queridos que tiene el hombre en la tierra, por sus campos, sus hogares, sus mujeres, sus hijos, sus rebaños, avanzaron en columna cerrada contra los destructores de la sociedad civil. Los comunistas cristianos, judíos, griegos, mahometanos, combatieron como desesperados y murieron como mártires, mas adictos á sus creencias, que apegados á su vida. Casi todos rehusaron la salvacion de ella, ofrecida en cambio de su abjuracion. Mustafá Dedé, encadenado y mutilado, fué conducido á Efeso, para que su suplicio tuviese la pompa y la publicidad que puede ofrecer una ciudad populosa. Ofreciéronle por la última vez el perdon, si queria abjurar sus doctrinas. Prefirió sus ideas á su existencia. Lo crucificaron y lo pasearon crucificado y sangriento sobre un camello por las calles de Efeso en medio de sus discípulos, á los que se les prometia perdonarlos si consentian en renegar de su profeta: « No, dijeron todos » tendiendo el cuello al sable y echando la última mi-

« rada á su jefe crucificado : *Padre sultan*, recibe « nuestras almas en tu reino. »

Aunque el sultan Dedé murió á la vista de cien mil testigos en Efeso, la fé de su inmortalidad sobrevivió á su mismo cadáver. Esparcióse el rumor por las islas y el continente de que habia resucitado y de que vivia oculto en los bosques de pinos de la isla de Samos, inmediata á Efeso.

El comunismo otomano, obstinado en la ilusion como todos los comunismos que se equivocan trayendo el cielo á la tierra, no habia perecido con su apóstol. Tres mil dervises, frailes mendicantes del islamismo, que justificaban su mendicidad con esta quimera, lo reanimaron un momento en el valle de Magnesia, despues de la partida de Murad. Este retrocedió, y los plátanos del valle de Magnesia, convertidos en instrumentos de un inmenso suplicio, sostuvieron tres mil cadáveres de aquellos frailes, colgados en sus ramas.

## XX

Hasta la Turquía europea se propagó el contagio, y sus miasmas sobrevivieron y pasaron á todos los siglos

sin poder engendrar nunca mas que quimeras y excesos. Las montañas de los Balkanes entre la Servia y la Tracia, se sublevaron en nombre del mismo principio, mas aplicable á pueblos pastores, en que los pastos comunes parecen ya una realizacion del comunismo. Pero aquí, las doctrinas de Dedé Sultan, fomentadas por la ambicion de Bedreddin, el antiguo juez mayor del ejército, tomaron un carácter político y militar, que amenazó mas seriamente al imperio. Los antiguos partidarios de Soliman, de Isa y de Muza, afectaron afiliarse en él á fin de restaurar sus diferentes partidos, halagando la imaginacion de los sectarios. Todas estas facciones, hábilmente aduladas con sagacidad por Bedreddin, se refundieron en una gran faccion proletaria al servicio de un tribuno ambicioso. Bedreddin reunió al rededor suyo un ejército suficiente para contrarestar al de su soberano. Vencido y hecho, no obstante, prisionero en la batalla de Seres por el jóven Murad, hijo de Mahomet I<sup>o</sup>, Bedreddin fué ahorcado en virtud de sentencia pronunciada por los juriseconsultos del imperio. Su título de canceller de la casa de Othman, su fama y sus obras, restos de los monumentos de la legislacion otomana, no lo libraron del suplicio. El comunismo oriental, que solo pareció un delirio en el pueblo ignorante de aquellos bosques, se juzgó crimen irremisible en

un hombre demasiado ilustrado para creerlo sincero. La hipocresía y la sedicion fué lo que castigó Mahomet mas bien que la doctrina. El comunismo, sofisma de la justicia y de la igualdad, sueño de todas las religiones que comienzan por adular la ignorancia y las aspiraciones de las clases oprimidas, habia hecho ya tentativas de realizacion violenta ó pacifica en Arabia y en Persia, despues de Mahoma. Las doctrinas del sultan Dedé fueron su último acceso en Oriente. Pasó de Oriente á Europa para elaborarse en la sombra y estallar al fin; en Alemania, despues de las guerras religiosas de la reforma, con los anabaptistas; en Inglaterra, despues de la revolucion de Cromwell con los niveladores; en Francia, despues de la revolucion de 89, y de la de 1848 con los socialistas de Babeuf y con los socialistas radicales de otras teorías. En todas partes sucumbió bajo la reprobacion unánime de una sociedad que prefiere justamente la muerte á la expropiacion. La propiedad, equitativa por medio de la igualdad de las condiciones con que se goza para trasmitirla á la familia, es la ley de la sociedad humana; la caridad es la virtud, el comunismo es su delirio. Sus accesos serán en todas partes dominados y cortos como una enfermedad de la inteligencia humana.

Mahomet afianzó su reinado combatiéndolo en

Asia y en Europa. No dejó otro rastro de aquella doctrina, ahogada en su cuna, mas que el de asociaciones secretas tales como el de los *asesinos* ó ismaelitas, especie de franc-masonería sanguinaria que embriagaba á sus fanáticos para ponerles el puñal en la mano, á quien su fundador Hassan-Sabbah, no habia dado trescientos años ántes mas que un precepto destructor de toda sociedad y de toda moral, resumido en estas dos palabras árabes: *atreverse á todo, y hacerlo todo.*

## X XI

Apénas Mahomet 1º, cuyo reinado tiene tanta analogia con el de Luis XIV, arrancando de niño su autoridad á las facciones de la Fronda, acababa de triunfar de una faccion fanática, cuando otra dinástica se levantó en las montañas del Epiro para disputarle el trono. Los misterios de la Máscara de Hierro bajo Luis XIV, no son mas tenebrosos que los del pretendiente verdadero ó falso que parecia que salia del sepulcro para reclamar el cetro que empuñaba Mahomet.

Ya se ha visto en la narracion del reinado de Bajazet I que uno de los hijos del sultan, Mustafá, habia desaparecido en la batalla de Angora, sea confundido bajo los montones de cadáveres, sea esclavo de algun tártaro diestro en ocultar su presa, sea fugitivo y desconocido entre los pastores del monte Taurus. Desde esta desaparicion, habian trascurrido veinte años; Soliman, Muza, Isa, Mahomet, se habian disputado y arrancado alternativamente el trono sin que este hermano, desvanecido ó muerto hubiese venido á reclamar su derecho ó su parte en la herencia. La guerra social que acababa de conmover todos los ánimos y todas las facciones, despertó sin duda, ó en un verdadero hermano del sultan que volvia á aparecer, ó en un ambicioso hábilmente suscitado por otros ambiciosos, la idea de apoderarse del trono, accesible á toda esperanza y aun á toda quimera par tantos sultanes como lo alcanzaban ó perdian.

De repente circuló por todo el imperio la noticia de que el heredero verdadero de Bajazet, el valiente y desgraciado Mustafá, habia salido milagrosamente de su larga oscuridad, habia sido reconocido por los antiguos servidores de su padre, y principalmente por el famoso Djuneyd, en otro tiempo príncipe de Esmirna, ahora gobernador de Nicópolis y de las orillas del Danubio, y que este pretendiente legitimo